

CONCIENCIA CRISTIANA Y SITUACIONES CRÍTICAS

(Octubre 1991)

En esta ocasión, queridos hermanos, deseo hacer un breve examen de lo que es la conciencia y su modo propio de expresión en un cristiano, a fin de analizar adecuadamente la actitud asumida por los católicos ante un problema actual de participación social: ¿puede un cristiano formar parte de las Brigadas de Acción Rápida?

La mayoritaria respuesta negativa de los católicos es digna de una reflexión seria, que explique ese comportamiento no a partir de criterios políticos, sino fundamentándolo en motivaciones de conciencia.

Salta así al primer plano la importancia que tiene la conciencia en una actuación realmente humana.

Todas las constituciones modernas proclaman la libertad de conciencia como una prerrogativa propia del ciudadano, necesaria para la convivencia social.

La ética cristiana considera a la conciencia como el centro personal, interior, inviolable de dictamen moral, o sea, el que hace el análisis e indica en qué sentido se debe o no actuar. La orden para actuar la da la voluntad: «voy a hacer esto» o «no haré eso jamás». Pero el juicio sobre lo bueno o lo malo de una acción lo emite la conciencia. Algunos, más popularmente, llaman a ese diagnóstico interno del espíritu humano: «la voz de la conciencia».

Todo el mundo debe seguir su conciencia, pero es imprescindible que esa conciencia esté, objetivamente, referida al Bien.

Me explico, nadie puede llegar a actuar siguiendo una conciencia perversa que le hiciera ver que lo mejor es lo malo; por ejemplo, asesinar a una persona. Aunque subjetivamente alguien dijera «haber seguido la voz de su conciencia» para cometer un crimen, sería siempre culpable, porque estaba actuando con una conciencia torcida, con mala conciencia.

Esto, que parece realmente difícil, puede llegar a suceder. Digo difícil porque lo natural de la conciencia es alertarnos sobre lo malo. La conciencia es ese cosquilleo interior que no te deja actuar cuando el hecho es objetivamente malo y que te mantiene intranquilo y molesto después de haber obrado mal.

Pero los humanos, por debilidad, temor o error, podemos ahogar nuestra conciencia o desoír sus llamados.

Por todo eso, el centro interno de diagnóstico sobre lo bueno y lo malo, que llamamos conciencia, debe estar bien equipado con conceptos claros, ideas precisas y, sobre todo, con una orientación general de la persona hacia el Bien y la Verdad, que ayuden al ser humano a emitir un juicio limpio y cierto sobre su actuación futura.

Esto, que llamamos «formar la conciencia», comienza en la infancia más tierna y tiene que actualizarse siempre en la vida, hasta su momento final.

Nosotros, cristianos, sabemos que la conciencia es un don precioso de Dios al hombre, para que este actúe según el Bien, que es lo que Dios quiere, y no caiga en la maldad, en la falsedad del pecado, que ofende a Dios.

Lo propio de la ética cristiana es iluminar la mente del hombre con la Luz del Evangelio, de la enseñanza de Jesucristo sobre el mismo hombre, sobre la verdad, el bien, el amor y nuestra dependencia amorosa de un Dios que es Padre de todos.

El Evangelio ayuda así al seguidor de Cristo a formar su conciencia, sobre todo en la delicadeza del amor al prójimo.

El cristianismo saca sus últimos criterios para el juicio moral sobre una acción a realizar, del mensaje sublime de Jesús: hay que servir a los demás y no servirse de ellos... la misericordia está antes que el juicio... perdona siempre... el prójimo del otro es quien lo atiende y ayuda... Algunos de estos principios se han incorporado a la conciencia colectiva de nuestros pueblos cristianos y se han convertido en refranes populares: «haz bien y no mires a quién».

Se comprenden así las hondas razones de un católico para no participar en nada que pueda lesionar el amor que debe a todos los seres humanos, sean como sean y piensen como quieran pensar. De ahí el rehusar la participación en estas Brigadas de Acción Rápida.

Esta participación ha sido solicitada de modo voluntario. No se viola así la conciencia de cada uno. Pero es preciso que ni las presiones sociales, ni condicionamiento político alguno, disminuyan la capacidad de los invitados para que puedan seguir, de veras, su conciencia y responder con libertad.

Sin embargo, aun con esto no se salvan los obstáculos morales de un proyecto que lleva en sí la contraposición, la división en el seno de la gran familia cubana, donde todos debemos ser hermanos, y que puede ser germen de violencia y aun de agresiones físicas. Esto se ha dado ya, lamentablemente, en más de un caso.

El llamado de Cristo y de su Iglesia para estos momentos difíciles, como para cualquier otra situación, no es otro que una invitación al amor entre hermanos, a la reconciliación y a la paz.

Por todo esto, la conciencia cristiana no solo dice no a la participación personal en esas acciones, sino que se inquieta y sufre cuando las mismas se producen.

Es hora, pues, de oración sostenida y confiada, para que el amor entre todos los cubanos sea el factor fundamental que nos ayude a superar nuestras dificultades e inspire, en lo adelante, la necesaria reflexión y los modos de actuar.